

# El bisabuelo de piedra

(Entrevista póstuma a  
Joaquín Edwards Bello)

ALFONSO CALDERON

En el archivo de Joaquín Edwards Bello, don Andrés, “el primer humanista de América” (Ricardo Donoso), ocupaba un lugar de relieve —casi igual al que se destinaba a Napoleón, a la familia Edwards y a Santiago de Chile—. Cuando los grandes sobres azules, mezclados con gamas del café y del verde abundaban, dejándose ver en su natural evolución desde la degollina de los asuntos a su exaltación, Joaquín comenzaba a advertir la limitación del espacio igualitario y democrático que el archivo concedía a cada cual y decidía, como un capitán de Flandes o de Arauco, cuál sería el paso táctico que habría de venir.

Los cincuenta o más sobres que contenían capítulos de libros sobre la vida del autor de la Gramática —el primer hombre que pensó en Chile lo que era, en los tiempos que corrían, una Universidad—, guardaban, además, informes sobre la evolución de salud del venerable rector (lo que incluía la nota médica acerca de la última enfermedad y muerte), curiosidades (el gato de Bello que le acompañó en el velatorio, en perpetuo desasosiego, o noticias acerca de los retratos de Raymundo Q. Monvoisin y de Mochi, o del grabado de acero de Macrae (1846), y datos sobre el Londres bellista).

Siguiéndolo en las rutas de Caracas, Londres y Valparaíso, guardaba en el archivo noticias acerca de Bolívar, del rey Jorge, de Lord Byron, de Simón Rodríguez; cartas, informaciones acerca de las mujeres de Bello, datos del drama de la pobreza, de las pensiones de Valparaíso, de las tertulias en Peñalolén. La futura biografía de Andrés Bello aguardaba a su bisnieto. Como los sobres no eran suficientes, guardó todo en una maleta en la cual sobresalía el marbete *Andrés Bello*. Cuando se suicida Joaquín (1968), la maleta queda reposando en un

hondo cajón del ropero. Allí aguarda el Santo Advenimiento. Las crónicas que recopilamos en "El bisabuelo de piedra" son apenas un eco de lo que él imaginó.

A.C.

*¿Cómo definiría usted el americanismo de Bello? ¿O lo considera un hombre que se manejaba en términos más universales?*

—Si hiciéramos un ensayo de interpretación apretado y audaz sobre Bello, llegaríamos posiblemente a juzgarle como un escéptico respecto a Bolívar. Un escéptico que no creyó oportuno romper con Castilla antes de haber roto con nuestros vicios internos. En Estados Unidos el crecimiento era total cuando levantaron el ancla de Inglaterra, porque allá los europeos no se mezclaron con los pieles rojas. En nuestra América estábamos comenzando a ser esta cosa enorme y convaleciente que se ha producido por la mezcla de europeos y autóctonos. Todo era sombrío e indeciso, desde México hasta el sur, excepto tal vez este país chileno, donde Bello se encontró más *chez lui*.

*En varias ocasiones, usted se ha irritado con lo que llama "la marmolización" de don Andrés Bello. ¿Es un gesto suyo en ánimo de iconoclasta?*

—En el caso de Bello y de otros patriarcas americanos, la historia, como la escultura, evita en ellos la dosis de confianza y de alegría juvenil para mostrarles a la juventud en forma de acabados modelos de gravedad en la apoteosis final. La gloria, diría Chateaubriand, es para el anciano lo que los diamantes para las mujeres sesentonas: adornan, pero no embellecen.

*¿Cuál es la imagen física de Bello que, a su juicio, concierta con su ser espiritual?*

—De Bello, lo mejor que hay es la estatua por Plaza. El de la tapa del libro de Eugenio Orrego no es Bello, sino un peluquero portugués del siglo XVIII.

*¿Cómo imagina usted el instante en que don Andrés Bello llega a Londres?*

—Bolívar, López Méndez y Bello partieron en delicada misión a Inglaterra en 1810. Bolívar era el único de ellos que conocía Europa. Durante el viaje contaba con lujo de detalles sus correrías en diversos países. Fácil es imaginar las ilusiones con que esos tres criollos desembarcaron en Francia. Tras una corta estada en París, llegaron a Londres. Bolívar y Bello vestían con elegancia el traje de la época, tal como



BELLO

Estatua de Bello ubicada actualmente en el interior de la Universidad de Chile.



aparece en los retratos de Shelley, Byron o Brummel: pantalón abotinado, de color negro; chaleco cerrado a la mitad del pecho; cuello holgado con dos puntas subidas a la altura de las orejas y sujeto con una corbata, o mejor, con una gruesa cinta negra sujeta por atrás en la nuca; las pecheras eran esponjadas, las mangas ceñidas en el antebrazo. López Méndez, de más edad que ellos, era un hombre violento, generoso, aficionado a comprar a cualquier precio todas las cosas curiosas que veía en las tiendas.

Indescriptible es el efecto que Londres produjo en ellos. Llegaron al término de la primavera: una llovizna fina mojaba la calle dándole un brillo de pizarra frente a la plazuela donde el movimiento y la gritería eran grandes. Tomaron un *four wheeler*, coche pesado, pero cómodo, en cuya imperial cabía todo su bagaje, y se hicieron conducir por el Walnut Tree Walk al Saville Hotel, en Saville Place. Bolívar conocía ese hotel por haberse alojado en él en viajes anteriores. Una hora o más hacía que llegaban de Francia cuando el asombrado portero los vio partir en otro coche. No se habían tomado sino el trabajo de asearse ligeramente y a pesar de lo avanzado de la hora, sin pensar en nutrirse, tomaron otro coche y le dieron estas señas:

—Soho Square, by Green Street.

Cruzaron el Lambeth Bridge, un puente sórdido, negro, como telarañas de hierro sobre las aguas sucias. El cielo era pesado y frío. Un reloj de joyería en Regency Street marcaba las diez.

En esa época Londres tenía poco más de un millón de habitantes. Su poderío naciente se notaba en estos contrastes violentos que hacen interesantes a los grandes núcleos de humanidad. Reinaba Jorge III, ya demente y el pueblo, a pesar de eso, se negaba al traspaso de la corona en el Príncipe de Gales, famoso por sus extravagancias. Este príncipe, que había de reinar un año más tarde, estaba casado en secreto con Mistress Fitz Hebert y las deudas acumuladas en su vida escandalosa sumaban muchos millones que el Parlamento se resistía a pagar. Los criollos, como aves trasplantadas de su vergel, miraban esas calles lustrosas donde las gentes abrían las negras cúpulas individuales de los paraguas. Mujeres pobres vendían cerillas, flores, periódicos, agazapadas en los rincones, bajo las marquesinas, en los marcos de las puertas. Rostros enfermizos se mezclaban con las radiantes mejillas de los *babies*, de las señoritas, de los policemen. En las plazas más concurridas se leía: “¡Cuidado con los rateros!”. Por fin llegaron a Soho Square, en la esquina de Green Street. Aquí es, aquí vive Miranda, dijo Bolívar, saltando del coche.



*¿Cómo ve usted a Bello y a Lastarria, en su tiempo de encuentro en la vida chilena?*

—Veo a Andrés Bello, en su retrato, con su redingote de maestro, sus pelos en avanzada sobre las sienes, y fluyentes de la cúpula craneana que había de ser cúpula del continente. Pluma de ganso en la mano. La gravedad de Bello aparece comprometida por el humor de Lastarria. Hasta cierto punto parecería Bello un poco charlatán. Tenía diecinueve años de vida inglesa. En Inglaterra los hombres más graves se dan horas de relajo. Las reglas inglesas para conversar son: no exhibir principios personales categóricos, no contradecir, y aparentar respeto por las ideas contrarias. Don Andrés sabía que Lastarria le tenía por timorato y algo retrógrado. Bello se demostró en la ocasión como el hombre corriente, desmontado de su magisterio, atenaceado por las dudas, como todo el mundo. En los repliegues de todos nosotros se esconde un germen de histrión.

*¿Cuál es su impresión de Andrés Bello como poeta?*

—Lo esencial en Bello —poeta por vocación y sabiduría— es la abstracción de sí mismo. Las creaciones de los maestros antiguos eran sus mejores compañías. Procuraba imitarlas, a veces con dificultad y otras con maestría. Cuando le asaltaban momentos inevitables de nostalgia, salía de paseo, al aire, e iba diciendo en voz alta versos o expresiones de Virgilio, al azar: *Trahit sua quemque voluptas. Timeo danao et dona ferentes*.

Los pesares se iban disipando en el aire. Estos entretenimientos le agarraban y caía en sus propias redes. No podía deshacerse de las luces de sus maestros. Hay huellas de poetas griegos, latinos, ingleses y franceses en sus poesías.

*“Y para ti el banano  
Desmaya al peso de su dulce carga”.*

Así dice Bello en su famosa “Silva”. Es felicísima imitación de Homero (“Ilíada” VIII, 306).

*¿Qué opina usted de Bello como gramático?*

—Bello defendió la unidad, o cimiento del castellano, sin rechazar las expresiones americanas, que la enriquecen. Lo esencial es mantener el tono, la pronunciación. En Venezuela emprenden una cruzada bellista para hablar mejor, esto es, para no corromper las palabras. El hablar es negativo, fruto de la imitación. Si nos hubieran llevado a China después de nacer hablaríamos chino y según la parte donde



residiéramos seríamos comunistas o nacionalistas. Me decía un ornitólogo que si pone al canario al lado del jilguero, ni el canario vuelve a cantar como canario ni el jilguero como jilguero. El más purista castellano si viviera entre huasos colchagüinos veinte años, se sorprendería un día diciendo: “¡Yastá puiñor!”

*¿Cómo logró adaptarse Bello a Chile? José Joaquín de Mora admitió que nuestro país era una Beocia...*

—Bello hizo creer, no una, sino docenas de veces, que su obra era el resultado de una colaboración de personajes importantes. De no proceder así hubiera salido de Chile con camas y petacas.

No le querían en Santiago. Infante le llamó “miserable aventurero”, en la discusión de la República Federal. Angel Gallo escribió en Copiapó, en 1873, lo siguiente: “Bello conocía el suelo que pisaba y su anómala situación. Por eso su participación en las cuestiones políticas y sociales era tan sobria cuanto inteligente”.

Cuando pasaba por las calles, con su señora e hijos, solía escuchar soeces insultos. Dice el mismo Gallo: “Este maestro tan verecundo, este hombre tan sencillo como franco, este filósofo tan afable como humilde, tan profundo en el fondo como manso y cristalino en la superficie, fue durante muchos años objeto de odio y execración, blanco de invectivas, víctima inocente de la ignorancia estólida. El filósofo y el maestro era apostrofado con los epítetos de extranjero y hereje. Su esposa y sus hijos eran apostrofados con los mismos ultrajantes mote. El aula estuvo desierta de alumnos. El sueldo no se le pagaba puntualmente”.

*¿Cómo ve la era de Bello y de Portales? ¿No fue excesivamente dictatorial en todos los aspectos?*

—Nuestro pueblo, sin rigor, se pudriría. Por eso, ahora, apruebo a Bello y a Portales. Nuestro pueblo en libertad absoluta, no serviría. Tiene vicios de razas inferiores: cogoteros, capotes, robos, alcoholismo sin control. Es amoral. Abandono de hogar. Un hecho: en Inglaterra, en Europa, en general, hay sátiros y Jack The Rippers. Son solos, aislados, secretos. Aquí el cogoteo y el capote son colectivos. Revelan un estado de satiriasis y de perversión profundos. Bello notó, al desembarcar en Valparaíso, la amoralidad del pueblo. Es amoral y muy simpático. Al fundador del Cerro Alegre, en Valparaíso, lo asesinaron para robarle, sus propios obreros. Era un inglés. Los cogoteros, puede serlo cualquiera, roban y matan para seguir tomando, no siempre, pero muy a menudo. Otra: el chileno desconoce la virtud de admirar (fuera del deporte) y de agradecer.